

El suizo interpelado no respondió una sola palabra á este discurso, y su compañero siguió la relacion de la batalla...

El inglés miraba al francés con odio mezclado de desprecio, y quizás tambien con envidia, al verle posesionado del mejor sitio de la chimenea, mientras que él se veía obligado á caminar á brincos, sin conseguir meter sus piés en calor...

El francés no reparaba en nada ni en nadie; y como echase de menos una respuesta á sus preguntas, volvió á tomar la palabra, y dijo á los soldados:

—Perdon, señores; alguno de ustedes ¿habla francés?

—Yo hablo francés, dijo uno de los militares con visible impaciencia.

—Perdone usted si le molesto. ¿Usted será tan fino que tendrá la bondad de tomarse el trabajo de hacerme el favor de decirme qué diablos está refiriendo ese bravo militar, para ser escuchado con tanta atencion?

—Caballero, respondió el suizo. Nosotros hemos sido hechos prisioneros en la batalla de Castelfidardo.

—¡Ah! ¡Castelfidardo! ¡Hé aquí un mal negocio para la Francia! ¡Ese pobre Lamoriciere ha proporcionado á las armas francesas... (porque, al fin y al cabo, franceses eran él y los suyos, aunque enemigos del emperador...) les ha proporcionado, digo, la ignominia de una derrota ignominiosa que no conocian hace muchos años! Lamoriciere...

Estas palabras, dichas con cierta solemnidad, interrumpieron la narracion del otro suizo.

Tambien aquel comprendia el francés, y poco á poco fui viendo que no habia en la habitacion una sola persona que no lo hablara.

El *commis* iba á realizar su propósito de convertir á su lengua una *soirée* que se habia iniciado en aleman.

—Señores, exclamó enfáticamente; como buen francés, no puedo menos de simpatizar con ustedes; pues han derramado su sangre á las órdenes de un hijo de la Francia.

—A la órdenes de un hijo de la Iglesia, replicó gravemente otro suizo. Nosotros servíamos al Papa.

—Eso era lo malo, repuso el *commis-voyageur*. Dios no quiere que la bandera francesa cobije causas abominables, y por eso la abandonó en Castelfidardo.

—Lo único abominable que ha habido en Castelfidardo, ha sido la traicion; lo único malo, la perfidia; y usted que es francés, debe respetar un hecho de armas que honra á muchos franceses, aunque no honre á la Francia, ó sea al gobierno imperial.

El comerciante comprendió que iba á ser derrotado en el terreno que habia elegido, é hizo con la mayor frescura un cuarto de conversion.

—Ciertamente... Ciertamente, dijo con un cómico lirismo. Lamoriciere representaba en aquella lucha la política histórica de la Francia, y Pimodan ha muerto en un puesto de gloria que todos debemos envidiar.

—Yo le vi morir, murmuró uno de los soldados.

—¿Cómo fue? Permitidme... Yo tendré mis ideas... pero soy francés, y me

interesa la suerte de todos mis compatriotas... ¿Murió como un bravo?... ¿Eh?

Ya no habia remedio. El francés se habia empeñado en que los suizos contasen en su lengua la batalla de Castelfidardo, y mi amigo Iriarte y yo lo deseábamos tambien. Terciamos, pues, en la conversacion; restablecimos el buen acuerdo entre todos, esceptuando al inglés que seguia bailando, y acabamos por averiguar lo siguiente.

Aquellos suizos se habian afiliado como voluntarios en el ejército de Lamoriciere, abandonando patria y familia, no por entusiasmo político, sino por devocion al jefe de la Iglesia. En la batalla referida fueron hechos prisioneros con otros muchos compatriotas suyos, y el gobierno piemontés, por desembarazarse de ellos, les habia conducido á la frontera suiza, dándoles la libertad bajo promesa de que en dos años no volverian á tomar parte en ninguna guerra italiana. Aquel dia habian pasado á pié el San Bernardo, con nieve hasta la cintura, separándose en seguida, cada cual con direccion á su país.

Los que esto nos contaban, eran del canton de Lucerna.

En cuanto á su derrota, la esplicaban de esta manera.

—Lamoriciere estaba en secreta inteligencia con quien podia asegurarle que los piemonteses no invadirian los Estados Romanos; y esa persona, ó sus representantes, se lo aseguraron asi. Aconteció que el ejército de Cialdini empezó á moverse en la frontera toscana, y Lamoriciere, que no tenia sino once mil hombres, y de ellos la mayor parte sin instruir, pensó en retirarse hácia Nápoles, á fin de unir sus fuerzas á las borbónicas y combinar con Francisco II una defensa simultánea contra Garibaldi y contra Victor Manuel. Pero hé aquí que entonces... no sé qué *demonio*... le dirige un parte telegráfico y otros avisos, diciéndole que la Francia imperial se piensa oponer á la invasion de los Estados del Papa por los piemonteses; que para ello es necesario que él entretenga á Cialdini algunos dias; y que si se ve acosado, siempre puede encerrarse en la fortísima plaza de Ancona, y esperar allí la intervencion francesa. Lamoriciere confia noblemente en estas seguridades de antiguos enemigos suyos y desiste de marchar á Nápoles. En tanto Cialdini y Fanti pasan de pronto la frontera y se le vienen encima con veinte y dos mil hombres y setenta piezas rayadas. Lamoriciere que no esperaba la invasion ni debia esperarla, trata de refugiarse en Ancona; pero los piemonteses, *que saben lo que se hacen*, le han cortado ya el camino. Nuestro general no vacila, (pues no habia otros medios en que escoger,) y manda el ataque, á fin de forzar la linea enemiga y penetrar en la plaza. ¡Ah! el combate era desigual. Los setenta cañones de Cialdini nos deshacian. El general Pimodan, que iba como segundo de Lamoriciere, intenta asaltar las posiciones de *delle Crocette*, en donde se hallaba la artillería enemiga. Tres veces ataca y las tres veces es rechazado. Courten, que mandaba en Ancona, no sale á tiempo con la guarnicion, ni viene en nuestro auxilio como esperábamos... En nuestras filas, compuestas de voluntarios de todas las naciones, bisoños mas de la mitad, cunden el desaliento y la desercion. Pimodan hace esfuerzos desesperados por animar á los que flaquean; rodéase de sus compatriotas, ¡de los bizarros franceses! intenta

un cuarto ataque á la terrible artillería; y cae muerto con muchos de los suyos, dando esta catástrofe la señal de la fuga á los miserables que aun vivimos. Lamoriciere, en tanto, pugna por una sola cosa; por ganar la plaza con alguna parte de su ejército. El la defenderá desesperadamente hasta que lleguen los sucesos que le han hecho esperar *los hipócritas*... y que no habian de verificarse... El aguardará allí la hora de su venganza!—Lucha, pues, denodadamente; ábrese camino entre el enemigo, y penetra al fin en Ancona seguido de tres mil bravos. —Pero ¡ah! El resto de su ejército ensangrienta el campo de batalla ó es prisionero del enemigo. Los que no se rinden aquel dia, tienen que capitular al siguiente. Treinta jóvenes oficiales, pertenecientes á las mas ilustres familias de Francia, de Irlanda, de Suiza y de la misma Italia, han muerto bajo los cañones sardos. Todo el bagaje del ejército ha caido en su poder... Ancona capitula mas tarde... ¡Nuestra dorada ilusion de aniquilar á los enemigos del Santo Padre ha desaparecido como un sueño!

Esta sencilla y auténtica relacion, hecha por un hijo de los Alpes, tan fuerte y rudo como pudieron serlo los antiguos francos, me impresionó vivamente.—El lugar en que la oía se prestaba á grandes meditaciones.

—Hace mas de mil años,—me dije yo cuando hubo concluido de hablar aquel tosco guerrero;—hace once siglos que, en una noche como esta, y acaso en este paraje, gente de guerra contaba una historia muy parecida á la que estoy oyendo.

El asunto era el mismo, y los mismos tambien los personajes del drama. De una parte, un rey del Norte de Italia que habia invadido los Estados de la Iglesia; de la otra, un francés que habia pasado los Alpes con un ejército reclutado en la Rhetia y en la Galiá, yendo á socorrer al Santo Padre. Y el mismo combate sangriento; y la misma vuelta de los hombres del Norte á su país; y la misma conversacion en estos lugares, la noche solemne en que pudieron decir á sus familias:—«El sol que nos vió esta tarde bajar de los montes y estrecharos en nuestros brazos, nos habia visto esta mañana en tierra de Italia, separados de vosotros por los corpulentos Alpes.»—¡Todo, todo era igual!—Solo la accion era ahora diferente. Entonces los defensores del Papa volvían vencedores: hoy venian vencidos y dispersos.

En esto ya era muy tarde, y nosotros teníamos que levantarnos á las tres de la madrugada, hora en que partia la diligencia.

El francés contaba su biografía; el inglés seguía bailando sin atreverse á acercarse á la chimenea, y los suizos empezaban á desfilarse ó á dormirse.

Desfilamos, pues, tambien por nuestra parte, y nos acostamos en seguida.

Tres horas despues nos despertó lo que yo llamo la *diana del viajero*, ó sean los chasquidos del látigo del mayoral.

Todavía era de noche, y hacia un frio de todos los diablos; por lo cual entramos en el comedor en busca de la chimenea.

El inglés seguía paseándose del mismo modo, sin haber logrado en toda la noche calentarse los piés, á pesar de hallarse solo en el comedor...

¡La chimenea estaba apagada!

Parece ser que el francés la atizó y revolvió tanto antes de acostarse, que la dejó en aquel estado.

Yo estoy seguro de que el inglés pasó la noche acariciando la idea de una próxima guerra entre Inglaterra y Francia; jurándose servir en ella en clase de voluntario, y escogitando la manera de vengarse de aquel hijo de San Luis.

Sin otra novedad que de notar sea, montamos en el interior de una especie de *góndola*; y emprendimos la marcha entre las últimas sombras de la noche.

Al amanecer habíamos ya subido muchas retorcidas cuestas y nos encontramos á tres mil piés sobre *Brig*.

El sol naciente reflejaba sus rosadas luces en las nieves del Simplon y en el macilento rostro del pobre inglés, que iba dormido en la berlina.

Detrás de nosotros se descubrian las lejanas cumbres del *Breithorn*, del *Jungfrau* y del *Monch*: es decir, que toda la Suiza se nos aparecía entera, en el mismo instante que íbamos á abandonarla.

La diligencia rodaba ya sobre nieves y hielos, y las casas de posta en que se mudaba tiro tenían el nombre de *Refugios*.

Esto quería decir que dependian de la benéfica asociacion que fundó los *Hospicios* del San Bernardo, del Simplon y otros muchos, como diremos mas adelante.

Pero lo que mas sorprendia y maravillaba en este viaje era la carretera que íbamos recorriendo. El trazado no podia ser mas atrevido, y las obras de fábrica asombraban por su grandiosa solidez. En todo el camino no hay un solo palmo de terreno en que no se hayan vencido inmensas dificultades. Unas veces se pasa por anchas cornisas talladas en la roca; otras por puentes de extraordinaria altura tendidos sobre abismos espantosos; ora bajo galerías que protegen á los viajeros contra las avalanchas; ora por túneles abiertos en el hielo y el granito. En un paraje se tropezó con el lecho de un torrente, que servía de desagüe á un *glacier* elevadísimo, y se venció la dificultad construyendo un acueducto que arranca de los mismos hielos, conduce el agua sobre un arco por encima del camino, y la precipita al otro lado de él en forma de cascada. Mas lejos, la carretera es un corredor, con balcones que dan á profundos despeñaderos, en los cuales la vegetacion, las rocas y las aguas presentan á cada momento preciosísimos paisajes. Así se camina horas enteras, bajo techado y de balcon en balcon, produciéndonos la estraña impresion que os causaria veros llevado en diligencia por los claustros altos de un convento ó por la galería de un palacio. Poco despues os encontráis sobre una muralla que arranca del hondo baranco y que parece construida por titanes. Aquí ruge la catarata sobre vuestra cabeza; allá rueda el alud bajo vuestros piés. En una ocasion os veis sepultados bajo corpulentas moles que amenazan cerrar la vía. A los pocos momentos os creéis suspendidos en el aire y próximos á caer despeñados en tenebrosos precipicios.—Y cuando lleváis muchas horas de andar de esta manera, volveis la cabeza atrás, y os encontráis con *Brig* á vuestros piés,—muy por debajo de vosotros... es verdad... pero tambien

muy cerca,—como teneis cerca una ciudad cuando subís al campanario que la domina.

Al fin llegamos á la cumbre, señalada por una cruz de madera.



Vista de Sion. (Suiza.)

Allí hacia un frío espantoso.—Por donde quiera que se miraba no se alcanzaba á ver mas que nieve.—Estábamos á seis mil doscientos diez y ocho piés sobre el nivel del mar.

Ya no veíamos á *Brig*, ni el valle del Ródano, ni tan siquiera el horizonte de la Suiza...

Habíamos entrado en la gran meseta que constituye la cima del Simplon...

¡Desde allí solo se veía el cielo!

Tanta blancura, tanta luz, tanto espacio nos delumbraban completamente.

El sol, que se acercaba al cenit, lucía con todo su esplendor, y sin embargo, no calentaba nuestros ateridos miembros ni conseguía derretir un solo átomo de nieve.—Sus rayos caían sobre nuestro rostro, blancos y fríos como los de la triste luna.

En esto hirió nuestros oídos el son de una campana, cuyo religioso eco nos llenó de espanto.

¿Quién podía vivir en aquella soledad melancólica? ¿Cómo resonaba allí el símbolo de la oración de los mortales? ¿Qué alma en pena habitaba en aquel páramo, tan lejos de la tierra y tan distante del cielo?

—Vamos, señores. Estamos en el *Hospicio*... exclamó el mayoral abriendo la portezuela. Esa campana nos dice que pasemos adelante si queremos.

El *Hospicio* del Simplon fue construido por orden de Napoleón I, y terminado á espensas del convento de Agustinos de Martigni, con las mismas condiciones del famoso hospicio del Monte San Bernardo.

En uno y otro habitan diez ó doce religiosos de una congregación que consta de cuarenta hermanos, y que se fundó con el solo objeto de auxiliar á los viajeros que pasan los Alpes.

El iniciador de tan piadoso pensamiento fue San Bernardo de Menthor, el cual hizo levantar el primer hospicio sobre el monte que lleva su nombre, por los años de 962.

Los padres que enferman en esta ruda vida, y los imposibilitados por la edad, encuentran á su vez un asilo en el citado convento de Martigni.

En cuanto á aquellos heroicos perros que tan importantes servicios prestaban á la humanidad,—buscando á los viajeros perdidos, sacándolos de entre la nieve, y dando aviso de ello á los frailes,—tengo el sentimiento de anunciaros que su raza se ha extinguido completamente.

Hoy se piensa en sustituirlos con otros perros alemanes, muy hermosos y de extraordinario instinto, pero que, al decir de los mismos monges que los aleccionan, no llegarán nunca al grado de valor, de inteligencia y de laboriosidad que alcanzaron sus ilustres predecesores.

Estas noticias nos las dió un venerable religioso, que salió á recibirnos á la puerta del Hospicio, invitándonos á descansar en él, y que llevó su amabilidad hasta enseñarnos todo el establecimiento.

El edificio es excelente. Tiene una magnífica enfermería, un oratorio, muchos aposentos con chimenea, cocina económica, refectorio, biblioteca, un pequeño taller para remediar las averías de los coches, y otras varias utilísimas dependencias.

A cualquier hora que llega allí el caminante, los padres Agustinos le ofrecen

una ligera comida; y si es á la hora en que comen ellos, le colocan á su lado en el refectorio.

En uno y otro caso, no se le permite pagar cosa alguna; y para colmo de edificación, los mismos frailes le sirven la mesa como humildísimos criados.

Esta última circunstancia me conmovió profundamente. Nosotros (por no-velería poética, no por otra cosa) cedimos á las instancias de los religiosos y pedimos una sopa de leche, —que nos presentaron en seguida, y que por cierto estaba deliciosa.—Pero cuando observé que un respetable sacerdote nos ponía y quitaba los platos, la vergüenza y el remordimiento, la gratitud y el asombro me infundieron impulsos de coger la mano que me servía, y besarla humildemente.

¡Ahora me pesa no haberlo hecho!

¡Ah! si la humanidad hallase en su peregrinación por la tierra algo parecido á lo que encuentra el viajero en la cumbre de los Alpes, yo me prometería todavía una larga era de paz, de dignidad y de consuelo para la sociedad angustiada...

Pero esto también formará parte del sermón que os he prometido predicar en Roma...—Sigamos, pues, nuestro camino.

Ahora, por si haceis alguna vez este mismo viaje, debo advertiros que en la capilla ú oratorio del Hospicio del Simplon, hay un cepillo de madera, donde, si os place, podeis depositar una limosna.

Con que ya estamos otra vez en marcha, y en lo mas solemne de ella... Pasada esta llanura, descubriremos el horizonte de Italia y empezaremos á bajar la inclinada cuesta que va á morir en el *Lago Mayor*...

A los veinte minutos de camino, pasamos cerca de una torre... Es el antiguo Hospicio, —propiedad ahora de algunos pastores de los vecinos valles.

Empezamos á bajar.

Demos un *adiós* á la Suiza, á la Francia, al invierno que ya avanzaba por el Norte... Hemos saltado la muralla. Estamos en el lado meridional de los Alpes.

La interposición de los montes nos impide ver el suelo de Italia, pero el cielo que descubrimos... ya es su cielo!

En menos de una hora bajamos dos mil piés y llegamos á un melancólico pueblo enclavado en la montaña.—Llámase el *Simplon*.

Habítanlo pastores, que viven de los productos de los hondos barrancos que lo cercan. El invierno dura aquí ocho meses.

Vamos despeñados... La cuesta se retuerce como una culebra que pugnase por no dejarnos descender á la llanura...

Cruzamos la magnífica *Galería de Gondo*, término de una garganta estrechísima y atroz, cuyo salvaje aspecto causa espanto.

El atrevimiento y la grandeza de esta galería esceden á toda ponderación.

A su entrada, una lápida recuerda que Napoleón la construyó en 1805, *ere italo*, con dinero italiano.

La salida del túnel está artillada con recios morteros, puestos allí por la Suiza.

Un poco mas lejos, salta (casi al alcance de la mano) la vistosa cascada de *Fressinone*, cuyas espumas rugen y se despedazan al chocar con ciclopeas moles de granito.—Sobre ella hay tendido un ligero puente de madera, que tiembla al solo impulso del aire agitado por las aguas.

Ese pintoresco y animado paraje ha sido copiado en todos tiempos por afamados pintores, y en verdad que lo merece.

Pero hénos en *Gondo*, último pueblo suizo.

El horizonte sigue cerrado por altas rocas que se elevan verticalmente sobre la carretera.

Un poco despues pasamos cerca de una columna en que se ve grabada esta inscripción:

*Italia.—Stati sardi.*

¡Estamos en Italia!

Peró esto es solo en el nombre. Los Alpes siguen defendiéndose, siquier en retirada.—Como fieles amantes de la beldad que ocultan al mundo, no permitirán que nadie la vea mientras á ellos les quede un solo instante de vida.

Desde el *Hospicio* hasta aquí hemos bajado cuatro mil quinientos piés... Nos faltan mil para llegar á la llanura.

Mas hé aquí el primer pueblo italiano.

Llámase *San Marco* y es una pobre aldea por el estilo del *Simplon*.—Sus habitantes hablan el *patois* piemontés, mas cargado de palabras francesas que de italianas.

Seguimos rodando precipitados...

A los pocos momentos llegamos á *Isselle*, pueblo algo mas importante, donde se halla la aduana sarda y nos piden el pasaporte.

Aquí ya se leen edictos y muestras de tiendas en italiano, y tenemos ocasión de utilizar nuestra afición á la música y á los poetas de Italia.

Quiero decir que empezamos á hablar un italiano de *libreto* y de poema, que no nos sirve para pedir un plato de sopa.

Volvemos á caminar. La tenacidad con que las montañas limitan el horizonte nos llena de impaciencia...

Y aun pasamos hora y media de este modo; siempre bajando, sin nunca llegar á la llanura; siempre dejándonos atrás montes y montes, sin que los montes tengan fin.

Así cruzamos otra garganta feroz, otra sorprendente galería, otro altísimo puente, hasta que por último, en una revuelta del camino, sepáranse las montañas, bájase el horizonte, dilátase el cielo, y una mar de luz inunda nuestros ojos...

—¡Italia! ¡Italia! esclamamos con frenético trasporte.

—¡Ahí tienen ustedes á Italia! esclama el mayoral, lleno de orgullo por haber vencido á los Alpes.

Hasta el inglés se permite entusiasmarse y sacar la cabeza fuera del coche. ¡Oh! si... aquella es Italia!—Aquel cielo turquí; aquel fulgurante sol, aquella riente campiña cruzada por plateados rios, aquellas verdes colinas coronadas de blancos palacios, aquellos olivares oscuros, aquellas praderas de esmeralda, aquellas graciosas quintas, todo aquello es lo que yo me imaginaba desde niño!

¡Cuánto fulgor en el espacio! ¡Qué matices en la llanura! ¡Qué perfumes en el aire! ¡Qué temperatura tan amorosa despues del frío que hemos pasado!

Allí reina aun la primavera... Las viñas ostentan todavía sus pámpanos, los árboles sus verdes hojas, el sol su creadora llama, el ambiente sus gérmenes de vida.

¡Cómo se comprende que esta tierra sea tan codiciada! ¡Cuán bella la verian todos los conquistadores al asomar por los Alpes! ¡Cuán hermosa la encontrarán sus hijos cuando vuelvan á hallarla despues de un largo destierro!

El inglés se quita el gaban y nosotros nos aligeramos tambien de ropa.—Hace calor...

En medio del gran triángulo de llanura que divisamos á lo lejos, se levanta sobre una colina un magnífico palacio blanco, de graciosas proporciones.

—¿Ven ustedes aquel palacio? Nos dice el conductor. Pues es de una persona muy notable, á quien de seguro han oido ustedes nombrar.

—De quién es?

—De *Juan Maria Farina*, del gran fabricante de Agua de Colonia.

—¡Bien por el conductor!—Esa noticia vale un mundo.

El inglés toma nota en su cartera de viaje.

Yo me contento con repetir esta frase de una epistola de Ventura de la Vega;

*¡Todo es verdad!...*

Y en prueba de que es asi, ya empezamos á ver hombres morenos de melodramáticas barbas y líricos ojos negros...

Ya principian á sonar en nuestros oidos y á presentarse á nuestros ojos palabras acabadas en *ini*...

Ya se acabaron las casacas suizas...

Estamos en *Domo d'Ossola*.

Las mujeres son pálidas y llevan mantilla negra...

La gente grita y salta. Los muchachos atruenan las calles. Las aves cantan y vuelan. Las casas ostentan fachadas con columnas. Los castaños y los nogales crecen á la salida del pueblo...

Nosotros seguimos adelante.—Vamos á dormir á *Baveno*, á orillas del *Lago Mayor*...

Y asi pasa la tarde... ¡Tarde embalsamada y bella!... y asi llega la noche... ¡Noche sublime, coronada de lípidos luceros!...

Serian las nueve cuando el mayoral abrió la portezuela del coche y nos encontró dormidos.

—¿A qué hotel vamos, señores? nos preguntó en su dialecto suizo. Hemos llegado á *Baveno*.

—A un hotel que tenga vistas sobre el *Lago Mayor*, respondimos Iriarte y yo á un mismo tiempo.

A los pocos minutos llegamos al hotel, y dejando íntegra para el dia siguiente la contemplacion del lago, nos acostamos y dormimos como duerme todo aquel que se ha levantado á las tres de la mañana.